

REINO DE DIOS Y SOCIEDAD: UNA PERSPECTIVA EVANGÉLICA

Geoffrey Allen

(Los puntos de vista expresados pertenecen al autor y no representan necesariamente al movimiento eclesial del que es miembro)

A través de la mayor parte de la historia del cristianismo, los creyentes (aunque en desacuerdo con ella) han sentido la tensión que genera el evangelio sobre las vidas, energías y recursos de los cristianos y la iglesia con respecto a las demandas «de este mundo» y las «del otro mundo». En esta ponencia procuraremos analizar esa tensión y hacer algunas propuestas sobre la manera de encarar su resolución desde la perspectiva y a la luz de los valores y prioridades del cristianismo evangélico.

1. Prioridades en el Nuevo Testamento

Como evangélicos, sostenemos que la Biblia es la normativa, la autoridad suprema tanto en materias de doctrina como de vida. Por lo tanto, la primera pregunta que debemos hacernos es: «¿Cuál es la enseñanza del Nuevo Testamento, y de qué manera define prioridades en lo que hace al rol de los cristianos y su influencia sobre la sociedad?»

Aun una lectura superficial del Nuevo Testamento muestra con mucha claridad que tanto para sus protagonistas como para sus autores la perspectiva prevalente es la del «otro mundo». Tanto Jesús como los apóstoles dedicaron sus esfuerzos a la proclamación del Reino de Dios «*en palabra y en obra*»¹ por el poder del Espíritu Santo. Su prioridad era hacer que los hombres y las mujeres se volvieran a Dios en arrepentimiento y que pusieran su fe en Cristo; eso, para entrar a una salvación que no era meramente la confesión de un credo o doctrina, sino una poderosa transformación de estilo de vida, valores y prioridades; y para convertirse en miembros eficaces, que funcionaran y se reprodujeran dentro del pueblo de Dios, de la Iglesia. Se miraba a la Iglesia como un pueblo cuyo destino era la eternidad mucho más que este mundo. Parece habersele dado poca consideración a cualquier proyecto referido a la transformación de la sociedad, tanto más cuanto estaban motivados por un poderoso sentido de urgencia escatológica. Como lo expresa el apóstol Pablo: «*no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas*».²

Tanto Jesús como sus discípulos establecieron una clara distinción (sería mejor decir un «contraste») entre «el Reino» y «el mundo».³ Se ve al «mundo» como un sistema hostil a Dios y a su Mesías⁴, y el llamado del evangelio es «*sed salvos de esta perversa generación*».⁵ Sin embargo, aquellos que entran al Reino en su realidad presente, y por lo tanto se unen para formar la Iglesia, son llamados a permanecer «*en el mundo*» aunque sin pertenecer a él, como testigos de la luz en medio de una oscuridad opresiva.⁶

Este claro testimonio de las prioridades del Nuevo Testamento, entonces, nos permite sacar una conclusión inmediata y fuera de moda: que también nosotros deberíamos adoptar la misma escala de prioridades. Dios llama a su pueblo principalmente a «*mirar... las cosas que no se ven...* (que son) *eternas*», y a buscar «*las cosas de arriba*»⁷ más que lo presente, visible y temporal. Lo último obviamente incluye ciertos beneficios incuestionables como la salud física y la sanidad, la prosperidad económica, la justicia social, y la paz tanto dentro de la sociedad como entre las naciones.

2. La dimensión escatológica

Una segunda conclusión preliminar es que debemos cuidarnos de que no se nos borren las fronteras entre «el mundo» y «la Iglesia», tal como ha caracterizado a la mayor parte de la historia del cristianismo (incluyendo el protestantismo) desde el tiempo de Constantino en adelante. Esa tentación a menudo se ha revestido de excelentes y persuasivas motivaciones, como la influencia benéfica del cristianismo sobre la sociedad. Sin embargo, en el largo plazo, el resultado casi siempre ha sido que la «sal» ha acabado «desvaneciéndose», fusionándose con el «mundo» que la rodea, al punto de volverse prácticamente imposible de distinguir.

Es verdad que las Escrituras avizoraron un tiempo en el que *«Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo»*.⁹ Pero la manera en que esperamos que eso se concrete resulta decisiva al determinar nuestra actitud o nuestros intentos de cambiar las cosas para mejor en la presente era.

Aquellos que suscriben a una escatología post milenarista esperan que el mundo sea redimido y conducido a la obediencia a Cristo a través del esfuerzo de la Iglesia, sin ninguna intervención sobrenatural decisiva de parte de Dios. Sin embargo, semejante escatología ahora raramente se encuentra entre los evangélicos, la mayoría de los cuales suscribe o a una interpretación pre milenarista (de un tipo u otro) —frecuente entre los pentecostales y carismáticos así como también entre los hermanos libres y los bautistas— o a un a-milenarismo —común entre los «evangélicos históricos» tales como presbiterianos y anglicanos, y también entre los católicos romanos. Aquellos que suscriben a esas escuelas de pensamiento escatológico generalmente son pesimistas en cuanto a la posibilidad de cualquier transformación radical y permanente de la sociedad a través de la influencia del evangelio, que deberá esperar la venida de Cristo *«que regirá con vara de hierro a todas las naciones»*.¹⁰

¿Cuál es, entonces, la garantía bíblica de que el esfuerzo de los cristianos puede hacer del mundo actual un mejor lugar? Esencialmente es una cuestión que se deriva de las implicaciones prácticas del segundo gran mandamiento: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*, y de la exhortación apostólica: *«Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe»*.¹¹ El grado de «oportunidad» que tengamos dependerá de muchos factores distintos, incluyendo las circunstancias de nuestra vida y el particular don y llamado que cada cristiano reciba de Dios. Algunos sin duda han sido llamados a entregarse a proyectos sociales en particular, a realizar campañas políticas o a perseguir el ejercicio del poder político por el bien del Reino, cuya primera característica es la *«justicia»*.¹² Esa justicia no es (como el cristianismo bajo la influencia del individualismo de la Iluminación erróneamente ha supuesto con frecuencia) meramente una piedad y una rectitud personales, sino que abraza la consecución de la justicia social, tal como lo demuestran las constantes exhortaciones de todos los profetas del Antiguo Testamento: *«Buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda»*.¹³

3. Las consecuencias sociales del Reino

No se cuestiona que el poder del evangelio transforma (y de hecho debería hacerlo) la conducta y el estilo de vida de aquellos que creen. *«La fe sin obras está muerta»*.¹⁴ Por lo tanto, las relaciones sociales entre los cristianos deben ser transformadas, y lo serán. Tertuliano informó acertadamente que los oponentes al cristianismo señalaban: *«¡Miren cómo se aman unos a otros... y cómo están dispuestos a morir unos por otros»*.¹⁵ El llamado de Cristo a sus discípulos es que sean *«la sal de la tierra» y «la luz del mundo»*.¹⁶ La Iglesia, como expresión visible y presente del Reino, está llamada a ser una «sociedad alternativa» que viva por normas diferentes de aquellas que en general practican sus vecinos; la iglesia primitiva en Jerusalén, tal como la describen los primeros capítulos de los Hechos, constituye un ejemplo extraordinario de esto. No solo en lo que hace a su relación interna,

sino en su manera de tratar a los de afuera, la Iglesia debe demostrar la realidad del Reino y mostrar que el Espíritu de Cristo mora dentro de ella.

Debido a eso, por ejemplo, Jesús les enseña a sus discípulos un estilo de liderazgo radicalmente nuevo: *«Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos»*.¹⁷ En tanto que esta enseñanza se aplica en primera instancia al ejercicio de autoridad dentro de la comunidad cristiana, se hace claro que la actitud que enseña debe aplicarse también al liderazgo ejercido por los cristianos que ocupen puestos seculares de autoridad, sea en la familia, en los negocios, en cuanto a la aplicación de las leyes o en los puestos de poder político.

4. El caso de la esclavitud

Aparte del matrimonio y la familia, el área de relaciones humanas que el Nuevo Testamento aborda con mayor frecuencia es la relación entre amos y esclavos. No resulta sorprendente, dado que la esclavitud era universal dentro del mundo antiguo (y también lo ha sido a través de la mayor parte de la historia hasta los tiempos modernos), y la primera generación dentro de la Iglesia incluía muchos esclavos y muchos propietarios de esclavos.

Lo que muchos lectores modernos encuentran sorprendente, sin embargo, es que en ningún lugar los escritores del Nuevo Testamento propongan la abolición de la esclavitud, o que los cristianos debiesen abogar por ella. (En cualquier caso, eso hubiera constituido un objetivo muy poco realista, dada la poca cantidad de cristianos que había, y su influencia limitada o inexistente en ese tiempo. Por supuesto, esto no implica un juicio negativo hacia aquellos que abogaron con éxito por la abolición de la esclavitud, principalmente en nombre de la cristiandad, muchos siglos después). Tampoco en ningún lugar se sugiere que los cristianos dueños de esclavos deberían liberar a sus esclavos de forma habitual, y solo ofrecen un tibio apoyo al deseo de los esclavos cristianos en cuanto a obtener su libertad.¹⁸

Lo que el Nuevo Testamento sí enseña en una cantidad de pasajes, por otro lado, es la transformación de las relaciones entre amos y esclavos. A los esclavos cristianos se los exhorta a trabajar esforzadamente aun cuando no se los supervise, como sirviendo a Cristo, el Amo de todos¹⁹, a respetar a sus dueños aun estos sean fueran ásperos e injustos, y hasta a aceptar castigos inmerecidos sin quejarse.²⁰ Pero las instrucciones para los propietarios de esclavos son quizá más radicales. Se les dice que recuerden que ellos también son esclavos de Cristo y que tendrán que rendir cuentas ante él como Dueño y Señor tanto de ellos como de sus esclavos, y que él no hace diferencia entre los esclavos y sus dueños. También se afirma que delante de los ojos de Dios no hay distinción entre un esclavo y un hombre libre, sino que en Cristo todos tenemos el mismo estatus ante de él y una posición igualitaria dentro de la Iglesia.²¹ De la Mesa del Señor, esclavos y amos participaban en un pie de igualdad.

La ilustración más vívida del tipo de transformación producida al tomar conciencia de esto la encontramos en la breve carta de Pablo a Filemón, a menudo descuidada pero encantadora. Allí el apóstol, desde sus prisiones (probablemente en Roma), le escribió a un viejo amigo, que aparentemente era uno de los líderes de la iglesia de Colosas. La carta iba a ser entregada por Onésimo (el nombre significa «Útil», y le dio a Pablo ocasión de hacer un pequeño juego de palabras en el versículo 11). Según la mayoría de los intérpretes, Onésimo era un esclavo de Filemón que había escapado, y al intentar llevar a cabo su huída, aparentemente había hecho provisión para su escape robándole a su amo.²² Pero luego de llegar a Roma (como lo hacían muchos otros en condiciones similares para

buscar el anonimato y perderse en la multitud), había entrado en contacto con algunos cristianos, se había convertido y se había vuelto «útil» al apóstol encarcelado.

Bajo la ley romana no había límites a la severidad del castigo que un amo podía infligir a sus esclavos. Los que escapaban, con frecuencia eran marcados con un hierro al rojo vivo, además de los probables azotes y encierro.²³ Pero Pablo, que no evitó recurrir a un pequeño chantaje moral (vs. 17 y 21), le pide a su amigo que reciba a Onésimo «no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor», y concluye diciendo: «Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo».²⁴ En realidad parece haber una marcada insinuación en cuanto a que Pablo le está pidiendo a Filemón que le conceda a Onésimo la libertad y que lo envíe de regreso a Roma. Pero en cualquier caso, que se le pida al dueño de un esclavo que reciba de nuevo a un esclavo fugitivo como a un «hermano amado», como si se tratara del mismo gran apóstol, es algo en verdad radical. Y no parece haber sido nada excepcional dentro de la Iglesia primitiva.

Podemos notar, entonces, que para la primera generación de cristianos el *contenido* de la conducta y la forma de relacionarse con los demás era mucho más importante que cualquier esfuerzo dirigido a cambiar las *formas* externas. Es bien sabido que en los Estados Unidos, después de que la esclavitud fue abolida formalmente en la década de 1860, el discriminar, oprimir y explotar continuaron bajo otras formas. Esto no intenta desprestigiar los heroicos y nobles esfuerzos de los abolicionistas. No existe una contradicción entre cambiar las leyes y las instituciones que dirigen la vida de la gente, y cambiar la forma en que la gente se conduce con los demás dentro del marco de esas leyes e instituciones. Los dos enfoques son complementarios, no alternativos. Pero, cuando es necesario elegir dónde invertir el tiempo y las energías, no hay duda de que las preferencias que se ven en el Nuevo Testamento se inclinan por lo último.

5. La influencia social del cristianismo en la historia

Como ya lo he mencionado, durante la mayor parte de la «era cristiana» la Iglesia se identificó tanto con las estructuras e instituciones de la sociedad que «perdió su calidad de sal» y su habilidad de transformarla, por lo menos de la manera radical prevista por sus fundadores. En realidad se identificó tanto con «el establishment» como para que se la viera con frecuencia como representando y defendiendo los intereses de los poderosos y privilegiados en contra de los pobres y oprimidos.

La radical postura anti militarista y con un enfoque internacional de la Iglesia primitiva también casi desapareció. Mucha de la hostilidad hacia los cristianos por parte del Imperio Romano se debió a que ellos se rehusaban a reconocer su demanda de suprema lealtad y a su falta de disposición a tomar las armas en su defensa. Ellos se consideraban miembros de un Reino transnacional y con la obligación de amar a todos los hombres, lo que naturalmente se interpreta como incompatible con matarlos.²⁵ Pero luego del «compromiso constantiniano», esta posición pronto desapareció, ya que la Iglesia cada vez fue identificando más los objetivos del Imperio Romano «cristiano» con los suyos propios, y encontrando una justificación teórica, primero, para la «guerra justa» (Ambrosio, Agustín), y luego para las «Cruzadas», que constituyeron una guerra de agresión y a veces exterminio de los disidentes, los «herejes» y los «infeles» (no debemos olvidar que las Cruzadas se llevaron a cabo no solo para conquistar la «Tierra Santa», sino también para exterminar a los «herejes» en el sur de Francia y en otros lugares de Europa).

Hasta después de la Reforma y otras extensiones graduales de la libertad religiosa, los «marginales», o disidentes cristianos que rechazaban el compromiso con el establishment político, estaban tan absorbidos por la mera supervivencia y por la sencilla proclama del evangelio como para tener

tiempo que dedicarle a las cuestiones de cómo relacionarse con la sociedad secular e influir sobre ella. Además, el grueso de la Reforma no cuestionaba la asociación entre Iglesia y Estado: el principio de *cuius regio, eius religio* fue el precio a pagar por la protección de los gobernantes durante la Inquisición. Por consiguiente, la frontera entre «Iglesia» y «mundo» continuaba siendo borrosa, aun para gran parte del naciente movimiento evangélico, que florecía tanto dentro (puritanos, pietistas, metodistas) como fuera (independientes, bautistas y anabaptistas, hermanos libres, pentecostales...) de las denominaciones protestantes «establecidas».

Fue solo con el crecimiento del secularismo, que dio comienzo con el Iluminismo y la Revolución Francesa y ha continuado hasta el día de hoy, que la cuestión de la relación de la Iglesia con la sociedad secular se volvió a presentar dentro de un marco más bíblico. El siglo veintiuno, por lo tanto, nos ofrece una oportunidad histórica de repensar y redefinir esa relación.

6. Algunas áreas que implican un desafío

Al concluir este estudio, permítanme sugerir algunas áreas en las que los cristianos del siglo veintiuno deberíamos asumir más en serio el desafío que nos presenta el mensaje radical del Reino en cuanto a sus implicaciones sociales, mientras continuamos dándole la prioridad máxima al Reino «adentro», al poder transformador y liberador de la Palabra y el Espíritu de Cristo.

Por supuesto, el grado y naturaleza de tal compromiso variará de un modo significativo entre un creyente y otro. Algunos pueden haber sido llamados a participar activamente en una u otra área, en tanto que otros probablemente participen solo de manera marginal.

- A. El desafío de la pobreza.** Como hemos visto, los profetas del Antiguo Testamento fueron incansables en cuanto a denunciar la opresión y la injusticia hacia los pobres y los socialmente indefensos. «*¿No es más bien el ayuno que yo escogí desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?»*²⁶

Hoy vivimos bajo un sistema en el que todo el equilibrio económico entre el Primer y el Tercer Mundo se vuelca a favor del primero. Las causas son variadas y complejas, pero incluyen los trastornos y la destrucción que provocan las guerras; la corrupción, la mala administración y la «kleptocracia»; pero también la herencia acumulada de opresión colonialista, de explotación, de tráfico de esclavos y otras cosas. Occidente sigue prosperando sobre el capital acumulado a través de esos medios durante los siglos pasados, y continúa usando su poderío económico, su exportación de armas, y otros medios semejantes que le permiten afianzar y aun ampliar sus ventajas. Si hoy nos preguntamos cómo fue que las generaciones pasadas de cristianos pudieron haber aceptado la esclavitud como una parte normal de la vida, quizá las generaciones futuras se pregunten cómo pudimos haber tolerado nosotros tamaña injusticia económica y aún habernos beneficiado de ella.

Posiblemente uno de los pasajes del Nuevo Testamento que plantee el mayor desafío en este campo sea aquel en el que Pablo bosqueja su visión sobre la ayuda económica mutua entre creyentes de diferentes países: «*Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad...*»²⁷ ¿Cómo sería este tipo de «*igualdad*» hoy, por decir algo, entre creyentes de Canadá y Ruanda? ¿O entre los de Suecia y la India?

Obviamente, la gravísima inequidad económica que prevalece hoy también constituye la causa principal del «problema» de la inmigración (tanto legal como ilegal) hacia los países de Occidente. La mayor parte de la gente preferiría permanecer dentro de un entorno que le es familiar y en el que ha nacido, si solo contara con la posibilidad de ganarse la vida de manera decente para sí misma y para su familia. Sin embargo, dado que la migración masiva existe (y probablemente continuará hasta que se reestructure drásticamente la distribución global de las riquezas), los cristianos tenemos la responsabilidad de manifestar los valores del Reino haciendo todo lo posible, al menos dentro del marco de la ley, por recibirlos y ayudarlos.

Personalmente creo que tenemos que tomar bastante más en serio el llamado que dirigen pensadores tales como Ronald J. Sider²⁸ a los cristianos de las naciones occidentales ricas a efectuar una «reducción», adoptando un estilo de vida más simple y económico y así poder liberar recursos para aquellos que están en necesidad, sean creyentes o no creyentes (y al mismo tiempo presentar un testimonio práctico, en medio de una sociedad entregada al culto de Mamón, acerca de que *«no solo de pan vivirá el hombre»*). También el movimiento «Fairtrade» [Comercio Justo], iniciado por cristianos del tipo de los que están a cargo de la «TEAR Fund» [Fundación TEAR] por su preocupación acerca de las víctimas de la injusticia económica, merecen el apoyo y el compromiso de muchos otros creyentes. Al mismo tiempo, las iglesias del Tercer Mundo deberían promover proyectos de desarrollo económico y de confianza en ellos mismos dentro de sus esferas de influencia, que les permitieran a los cristianos asumir un liderazgo y establecer un ejemplo de trabajo esforzado y honesto, y una práctica comercial sólida.

- B. Matrimonio y vida de familia.** En el Occidente post cristiano y post moderno, el modelo bíblico de matrimonio monogámico que dura toda la vida, la castidad extramarital, los roles del hombre y la mujer, y el respeto por los padres son cosas que se han abandonado (en el grado en el que siempre fueron practicadas). Los cristianos y las iglesias necesitan enseñarlas intensamente y prestar un apoyo práctico para ayudar a los creyentes a vivir este modelo a través de los recursos que provee el Espíritu Santo desde adentro, y con ello demostrar la realidad del Reino a través de la *«justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»* que se vuelve visible en las relaciones que se dan dentro de la familia.
- C. El Reino en el lugar de trabajo.** Aunque la esclavitud ahora existe solo de un modo marginal, los principios expresados en la Biblia en cuanto a la relación entre amos y esclavos (ver más arriba) siguen vigentes en su mayor parte en cuanto a la relación entre empleadores y empleados. Los empleadores cristianos no pueden hacer de la maximización de sus beneficios el objetivo principal, sino más bien de la búsqueda de la excelencia en el servicio a sus clientes y de la justicia en la manera en que tratan a sus empleados, como gente creada a la imagen de Dios, y cuyo valor ante sus ojos queda demostrada por el hecho de que dio a su único Hijo para morir por ellos. El Nuevo Testamento les dirige palabras muy fuertes a los empleadores rapaces y explotadores, que siguen siendo muy relevantes hoy: *«¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán... Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras... Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos...»*²⁹
- D. Injusticia y opresión.** Las Escrituras nos exhortan: *«Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados...»*³⁰ En primera instancia la referencia es a los cristianos perseguidos por su fe, y es al menos tan pertinente hoy como cuando fue escrita. Pero, ¿no deberíamos preocuparnos por otras víctimas de persecución, violencia y encarcelamiento injusto? Hay mucho testimonio en la Biblia en cuanto a que a Dios ciertamente le preocupa.

E. Inversiones éticas. Muchos cristianos ni siquiera se preguntan lo que se hace con sus ahorros bancarios, con los fondos de sus pensiones privadas y con otras inversiones. Sin embargo, si nuestro dinero se utiliza para financiar el tráfico internacional de armas, la producción y venta de tabaco, y otras actividades económicas cuestionables, ¿no debería preocuparnos?

F. El cuidado del mundo de Dios. Lamentablemente, los paganos y los que adhieren a Nueva Era con frecuencia son más activos en cuanto a sus causas ambientales que la mayoría de los cristianos. Sin embargo, Dios encomendó la tierra a la mayordomía del ser humano, para que «*la labrara y la guardase*»³¹ (¡expresión que desafortunadamente algunas veces ha sido interpretada por los cristianos como «... para explotarla y saquearla!»). Los cristianos deberían ponerse a la cabeza de los esfuerzos responsables por conservar y proteger la tierra, sus recursos y todas las criaturas vivientes que la habitan, que ha sido creado por Dios y declarado originalmente como «*muy bueno*». Por lo cual, los cristianos que creen en una creación individual de las diferentes clases de seres vivientes tienen muchas razones más para estar preocupados por su protección que los evolucionistas, que en su materialismo creen que la extinción de las especies y su reemplazo por otras de reciente evolución forma parte del orden natural de las cosas. Si Dios creó las diversas clases de seres y luego descansó de su tarea creativa, ¿una vez que ellas se pierden, nunca pueden ser reemplazadas!

Indiscutiblemente existen muchas otras áreas que podríamos mencionar. Pero tengo la esperanza que las que hemos mencionado aquí nos lleven a una reflexión productiva, a un debate, y tal vez a una comprensión mayor del rol y las responsabilidades que les caben a los hijos del Reino eterno en medio de un mundo caído, de modo que estemos: «*esperando ansiosamente la venida del día de Dios*».³² ¡Venga tu Reino, Señor, y tu voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo!

1 Lucas 24:19; Romanos 15:18

2 2 Corintios 4:18

3 Ver, por ejemplo, Mateo 13:38; Juan 17:11, 14-15; 1 Juan 2:15-17

4 E. g. 1 Juan 5:19; 1 Corintios 2:21. Ver el excelente estudio de Watchman Nee, *Love not the World* [No améis el mundo], Victory Press, Londres, 1968.

5 Hechos 2:40

6 Juan 17:15-18; Filipenses 2:15-16

7 Colosenses 3:1

8 Cf. Mateo 5:13

9 Apocalipsis 11:15

10 Apocalipsis 12:5; ver también 2:27 y 19:15

11 Mateo 22:39 y paralelos; Gálatas 6:10

12 Romanos 14:17

13 Isaías 1:17. El libro de Amós se encuentra particularmente saturado de este tema, pero una buena parte de todos los escritos proféticos se ha dedicado a la exhortación a ejercitar la justicia y la compasión hacia los pobres, las viudas, los huérfanos y los inmigrantes extranjeros.

14 Santiago 2:26; cf. Mateo 5:16

15 *Apologeticum* 39,7

16 Mateo 5:13,14

17 Marcos 10:42-44; cf. 1 Pedro 5:2-3

18 1 Corintios 7:20-22

19 Efesios 6:6-7, Colosenses 3:22-23

20 1 Pedro 2:18-21

21 Efesios 6:9; Colosenses 4:1; Gálatas 3:28; 1 Corintios 12:13

22 Filemón 18-19

23 Los arqueólogos han excavado y encontrados hierros de marcar diseñados para quemar en la piel de la víctima textos tales como: «Si usted me encuentra, arrésteme y devuélvame a mi amo...»

24 Filemón 16-17

25 Resulta interesante, y quizá significativo, notar que un rechazo semejante de la violencia militar fue adoptado por distintos movimientos cristianos radicales de renovación a través de toda la historia, tales como los cuáqueros, la mayor parte del movimiento pentecostal negro en los Estados Unidos y la Iglesia Apostólica (galesa).

26 Isaías 58:6-7

27 2 Corintios 8:13-14

28 Ronald J. Sider, *Rich Christians in an Age of Hunger* [Cristianos ricos en una época de hambre], InterVarsity Press 1997.

29 Santiago 5:1-5

30 Hebreos 13:3

31 Génesis 2:15

32 2 Pedro 3:12 (NVI)